

COMPRE USTED MAÑANA
el núm. 12 de la original publicación
semanal de

BIOGRAFÍAS DE ARTISTAS DE LA PANTALLA
LA NOVELA ÍNTIMA
CINEMATOGRAFICA

Contiene la biografía del célebre ac-
tor americano

DOUGLAS MAC LEAN

Numerosos datos y fotografías

Regalo de una estupenda postal

Precio popular: 35 cts.

La exclusiva de venta de nuestras publicacio-
nes la tenemos cedida a la **Sociedad
General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicacio-
nes, S. A.**—Barbará, 16, BARCELONA.
Ferraz, 21, MADRID y Ferrocarril, 20, IRÚN.

E. VERDAGUER MOÑERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 177

25 cts.



EL
HURACÁN

POR
HOUSE PETERS,
RUTH CLIFFORD,

L-25 **Filmoteca**
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Redacción { Via Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 177

EL HURACÁN

Preciosa producción dramática, in-
terpretada por los célebres artistas

HOUSE PETERS,

RUTH CLIFFORD, RICHARD TUCKER,

etc.

«UNIVERSAL» Joya

EXCLUSIVA DE

Hispano-American Films, S. A.

Valencia, 233

BARCELONA

Con esta novela se regalá la postal-fotografía de

RAQUÉL MELLER

Royalty 4-12-25

El Huracán

Argumento de la película de dicho título

I

En los bosques seculares que cubren las montañas de las costas del Pacífico, entre el fragor de los árboles corpulentos derribados por el hacha, el ruido de los torrentes al despeñarse por los barrancos y el silbido del viento, pueden, a veces, los hombres, olvidarse de las heridas que recibieron en las ciudades, para absorberse por completo en la lucha contra la naturaleza.

Así "Tornado", magnífico ejemplar de la especie humana, vigoroso y valiente, había llegado a aquellas apartadas regiones para reconstruir su vida deshecha por un desastre sentimental.

Dedicado al comercio de maderas, tenía a sus órdenes gran número de trabajadores, sobre los que

ejercía la doble autoridad de su carácter recto y enérgico y de su camaradería amistosa.

Aquella mañana la faena se anunciaba ruda. Montado en un soberbio caballo, "Tornado", que vigilaba a sus hombres, llamó a uno de ellos y le dijo:

—A las diez y media debe pasar por aquí la madera preparada para el arrastre. Abrid las compuertas, y si es necesario, volad con dinamita las pilas de los troncos aglomerados.

—Está bien, patrón.

Y a las diez y media en punto, abiertas las esclusas, las aguas arrastraron monte abajo con bárbaro estruendo toda la madera dispuesta para ser transportada por el río hasta la ciudad más próxima.

Reloj en mano, el contratista presenciaba el magnífico espectáculo, y su grandiosidad le abstraía, durmiendo sus tristes recuerdos.

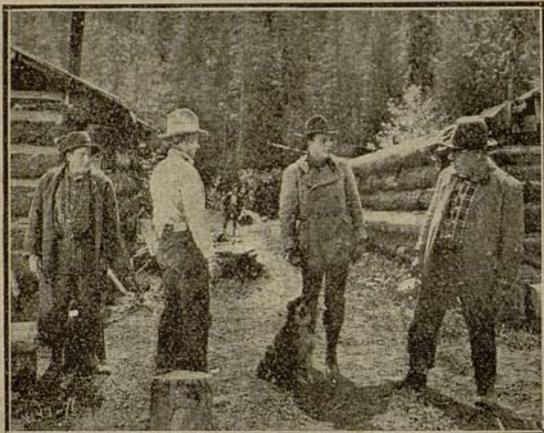
Momentos antes, tres individuos mal encarados, burlando la vigilancia de "Tornado" habían pasado por el bosque para reunirse con los trabajadores y animarles a que abandonasen a su patrón.

Uno de ellos, el que parecía jefe, conocido por el nombre de "Gorila" en gracia a su rostro deforme, dirigióse a los obreros:

—¿Qué necesidad tenéis de seguir con ese hombre? Yo os proporcionaré trabajo mejor pagado que aquí y con patronos más civilizados que ese a quien ahora servís.

Ofanle en silencio los trabajadores, sin que les hicieran mucha mella las palabras del improvisado arengador.

Venancio, un viejecito campechano y simpaticón, el más fiel de los servidores de "Tornado", creyó



—En cuanto a vosotros, ¡largo de aquí! No quiero veros más en estos bosques...

conveniente avisar a éste.

—Los granujas que usted despidió hace tres semanas—le dijo—, han vuelto y le están preparando una huelga.

"Tornado" picó espuelas y se encaminó hacia el

sitio donde se hallaban el "Gorila" y sus dos acólitos.

Pocos metros antes de llegar apeóse del caballo, y con el ánimo entero acercóse a la reunión.

—Muchachos, yo creo que os trato como debe tratarse a los hombres—dijo a los suyos—, pero el que no esté contento libre es para marcharse... ¡Vamos, decidid!

No hubo ni una vacilación. Todos a una, los trabajadores se levantaron, dirigiéndose al trabajo.

Entonces "Tornado" volvióse a sus enemigos y les ordenó:

—En cuanto a vosotros, ¡largo de aquí! No quiero veros más en estos bosques ni en Paraíso.

Y, la cabeza gacha, torcido el gesto y el andar temeroso, los tres compadres hicieron rumbo hacia el río, seguidos de cerca por aquel extranjero cuya voluntad nadie se había atrevido aún a resistir.

*
* *

Paraíso era un pequeño villorrio, punto intermedio entre la civilización y la libre Naturaleza.

Por un capricho de la suerte, eran entonces huéspedes del pueblecito Ruth Travers, bellísima mujer todo ternura hacia los niños, y su esposo José Travers, conocido novelista que había llegado a Paraíso con el propósito de escribir una novela realista sobre aquel ambiente.

Ruth Travers tenía un excelente amigo en Jaime,

rapaz noblote y travieso, hijo de una gorda viuda a la que hacía la corte Venancio.

Jaime sentía verdadera pasión por la pesca, y aunque la suerte no le favorecía, él no se desalentaba nunca y aspiraba a ser el mejor pescador de la comarca.

A la misma hora en que "Tornado" allá en el bosque, resolvía su pleito con los tres pícaros que intentaban sobornar a sus hombres, la señora Travers y Jaime se encontraban en los alrededores de Paraíso.

—¿Qué, has pescado mucho?—preguntó ella al chiquillo.

—No, estoy de malas.

El rapaz sacó de una lata un puñado de lombrices de tierra y añadió:

—Pero con esto... ¡lo que pescaré esta tarde!

Atravesaban el bosque camino del pueblo. Rodeada de hayas gigantescas, en un claro alzabase una vivienda de modesto aspecto.

—¿Quién vive en esa cabaña?—inquirió Ruth.

—"Tornado", el que tiene contratados a todos los leñadores.

Ruth envolvió en una mirada de curiosidad la rústica casita.

Había oído hablar del forastero a su marido, al cual intrigaba la personalidad fuerte de este hombre, al que aun no conocía.

Precisamente, José Travers esperaba servirse de

"Tornado" como protagonista de su novela. Y acerca de él, había escrito ya lo siguiente:

"Es el verdadero gigante de estos bosques; los leñadores lo reconocen como jefe y temen su cólera desencadenada. Nadie sabe su historia ni nadie, seguramente, se atreverá a preguntársela".

Al entrar en el pueblo, Jaime y Ruth se separaron.

El muchacho acababa de oír la voz de su madre, que sonaba amenazadora, y apresuróse a entrar en su casa para borrar las huellas que en su rostro habían dejado sus entusiasmos por la pesca.

Limpio ya, después de oír una regañina de la obesa viuda, a la cual Venancio amaba en razón directa de su peso, el rapaz volvió a salir camino de la orilla del río, desde donde distinguió a "Tornado", otro de sus grandes amigos.

El jefe de los leñadores, pilotando el tronco de un árbol—la embarcación peculiar del río de Paraíso—, al que hacía avanzar por medio de una horquilla, deslizábase por las aguas, siempre detrás de sus enemigos, a los que dió una gran voz al ver que se dirigían hacia el pueblo.

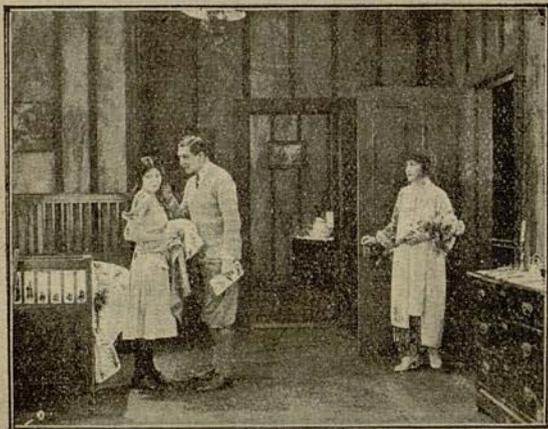
—¡Os dije que no quería veros en Paraíso! ¡Seguid adelante, hasta más allá del puente!

"Gorila" y sus compañeros obedecieron, y "Tornado" atracó al muelle rudimentario del villicrio.

Jaime lo saludó con entera familiaridad, y juntos, como dos camaradas, se encaminaron al case-río,

Por una casualidad no se tropezaron con Ruth, que pasó por el mismo sitio, entrando en su vivienda.

José Travers había cesado en su trabajo momentos antes, distraído por la presencia de la muchacha



—Si; tú eres la flor de estos bosques... pero yo quisiera convertirte en una flor de ciudad...

cha encargada de arreglarle la habitación.

Era el escritor hombre de moralidad dudosa, pronto a la caza de chiquillas incautas; y con un desparpajo muy suyo, al ver a la criada, se le aproximó y acarició sus cabellos.

—¡Qué hermosa eres!

—¿Usted cree que soy hermosa?—preguntó la muchacha con ingenuidad.

—Si; tú eres la flor de estos bosques... pero yo quisiera convertirte en una flor de ciudad... Oyeme...

Se volvió de pronto. En el umbral de la puerta, su mujer lo contemplaba con doloroso asombro.

La muchacha sonrió confiadamente a Ruth y salió.

Frente a frente, Ruth y Travers se observaron un instante.

—¿Qué? ¿Vas a obsequiarme con una escena de celos?—preguntó él.

Ruth le miró con desdén.

—No puedo tener celos—dijo—. Pero me parece ridículo y repugnante que un hombre como tú intente seducir a una criada.

—Tú sabes que necesito conocer a fondo los tipos del país, para escribir mi novela.

Ella guardó silencio, un silencio despectivo que hirió a su esposo vivamente.

Poco después abandonaba su casa para ir a la tienda del pueblo. Su marido la siguió, con ánimo de reconciliarse con Ruth, a la que se daba cuenta había ofendido gravemente.

“Tornado” y Jaime, que traían el mismo camino, se detuvieron a la entrada del comercio.

Le era grato al contratista charlar con aquel rapaz de inteligencia despierta, y en cuyos ojos se pintaba la admiración por el hombre bravo y fuer-

te. Sentáronse juntos y, tomándolo entre sus brazos, "Tornado" dijo:

—Voy a hacerte un regalo.

Del bolsillo del pantalón extrajo un bonito anuelo y lo prendió en el sombrero del chiquillo.

—Ahora—afirmó Jaime—podré pescar más que nadie.

Ruth y su marido aparecieron en la puerta de la tienda. La mujer sonrió viendo la escena del jefe de los leñadores, que le daba la espalda, departiendo con el pequeño como con un amigo.

De pronto "Tornado" se volvió y se puso en pie, pálido el rostro y los labios temblorosos.

—¡Ella!—exclamó.

Ruth, perdido el color, avanzó hacia él y le puso las manos en los hombros.

Su marido, en cambio, se había vuelto atrás, con el terror reflejado en su semblante.

—¿Tú?... ¿Es posible que seas tú?—dijo dulcemente la señora Travers.

"Tornado" la miró intensamente; luego, bajó la cabeza y, como abatido por una inmensa pesadumbre, enderezó sus pasos hacia su oficina.

Travers cogió a su mujer del brazo y se la llevó consigo. Ruth estaba como aielada. Parecía dudar de la realidad. Creía vivir en un mundo de sombras.

En cuanto estuvieron en casa, el escritor preguntó:

—¿A qué hora sale de aquí el primer tren?

—A las cuatro de la mañana—le contestaron—. Es un tren de mercancías que enlaza con la línea general pasado el puente.

Travers se volvió a Ruth.

—Voy a preparar el equipaje—dijo.



—¿Tú?... ¿Es posible que seas tú?

Ella hizo un ademán como para retenerlo; pero sus brazos cayeron a lo largo del cuerpo, y un profundo desaliento humedeció sus ojos.

II

Ruth no tenía sosiego. El estaba allí. ¿Qué extrañas circunstancias habían ocurrido para que las cosas sucedieran de aquel modo?

Existía un misterio, causa del rumbo de sus vidas. Ella necesitaba conocerlo.

—¡José, quiero verle!—exclamó—. Necesito saberlo todo, ¡lo necesito!

—Está bien. Ahora mismo voy a decirle que venga.

Nadie más interesado que él en que su mujer no hablase con "Tornado". Sin embargo, procuró disimular sus intenciones.

El contratista se encontraba sentado a la mesa de su despacho—un despacho sin "comfort", sencillo y hasta pobre—. Sobre la mesa había puesto su browning y la pipa.

Travers entró, después de llamar, y se detuvo un poco perplejo, porque al tenderle la mano, "Tornado" no la aceptó.

—Siéntate—dijo—. El mundo es muy pequeño... ¿verdad? Lo que menos podías suponer es que íbamos a encontrarnos de nuevo.

—Sí... ha sido para mí una gran sorpresa saber que tú eres el célebre "Tornado".

—Sin duda pensabas convertirme en el héroe de tu próxima novela.

Alargó la mano sobre la mesa y el escritor se levantó presa de indecible pánico creyendo que quería coger el revólver.

El jefe de los leñadores sonrió, tomó la pipa y, con mordiente ironía, preguntó:

—¿Aun te dan miedo las armas de fuego?... Creo que habrás hallado en mí el asunto para una no-

vela verdaderamente interesante... Pero si la escribes, procura que el primer capítulo sea la historia de nuestra estancia en el frente francés, durante la guerra, y explica toda la verdad.

—Eso haré... Y, hablando de otra cosa, yo venía a decirte que este inesperado encuentro ha hecho mucho daño a Ruth, por lo que espero de tu bondad que la dejes marchar sin verla otra vez.

—Me extraña ese ruego... Ruth sabe que nunca la molesté en nada. De modo que tranquilízala y... tranquilízate.

Travers se levantó.

—Gracias—dijo.

Pero "Tornado" ni siquiera le oyó.

En cuanto se quedó solo ciñóse la frente con las manos, y por su rostro curtido pasó como una nube de amargura.

Ruth esperaba con verdadera impaciencia a su marido.

—¿Hablaste con él?—le preguntó al verle de regreso—. ¿Le dijiste que necesito verle?

—Sí... y me contestó que no quería volver a oír hablar de ti.

Ella llevóse las manos al pecho. Su alma sangraba aún con el recuerdo de una historia de amor... de su único amor.

—¿Por qué... por qué ha dicho eso?

—Porque como tú puedes comprender—contestó Travers—se hizo pasar por muerto para no cumplir la palabra que te dió.

Ruth irguióse como si presintiera la verdad.

—¡Eso no lo creeré jamás! Ahora mismo iré a verle para que me lo explique todo.

—Te prohibo que vayas... Además, empieza a pre-



—¿Hablaste con él? ¿Le dijiste que necesito verle?

pararte, porque partimos en el primer tren de la mañana.

También "Tornado" sentía de nuevo latir la historia que destrozó su vida.

En sus manos tenía un viejo "carnet" con la fotografía de Ruth, en el que ella había escrito estas palabras:

"Para Santiago, con todo mi cariño. No te olvidará nunca, Ruth".

Y como si su pensamiento transmitiera el mensaje de un recuerdo, la esposa de Travers revolvió en su escritorio un manojito de cartas, de la que sacó una que leyó con ojos velados por las lágrimas.

Decía así:

"Ruth, amada mía, ni aun en estos días de angustia y horror en que la bestia humana vierte la sangre de sus semejantes, puedo olvidarte. Y es que mi amor es más fuerte que la vida misma. No te olvidará nunca Santiago".

El intrépido luchador que había escrito aquella carta, seguía pensando lo mismo que en otros tiempos.

Guardóse el "carnet" y abandonó la oficina. Jaime, que lo esperaba, quedó apenadísimo viendo que pasaba por su lado sin hablarle.

Súbitamente echó a correr tras él.

—¿Es que estás ofendido conmigo?

"Tornado" lo alzó en sus brazos y lo sentó en una empalizada del camino, y las palabras del niño le hacían sonreír, a pesar de todo.

—No estoy ofendido, ¿por qué lo dices?

—Porque al salir de tu oficina pasaste por mi lado y ni me saludaste siquiera.

—Debía estar pensando en otra cosa.

—Oye—dijo el rapaz—¿no es aquél Venancio?...
Sí, el que viene por el río.

El rostro de "Tornado" se ensombreció.

—¿Y no es aquélla la señora Travers?—añadió—.



—Oye, ¿no es aquél Venancio?...

Yo la conozco, ¿y tú?

—También... ;demasiado quizá!

Decidida a averiguar la verdad, Ruth, aprovechando una ausencia de su marido, se dirigía a la

cabaña de Santiago, a donde llegó poco después que él.

El jefe de los leñadores levantóse al verla, sintiendo la sacudida de una intensa emoción.

En el transcurso de unos segundos, ninguno dijo nada. Pero podían oírse los latidos de sus corazones.

—Santiago—habló ella—, yo no puedo marcharme sin tener contigo una explicación... Travers me dijo que tú habías muerto... y yo estaba tan sola y él fué tan bueno conmigo que accedí a ser su esposa.

La luz de aquella confesión encendió en él una ira terrible. ¡Había sido víctima de un traidor!

Acercóse a Ruth y, tomándole las manos, preguntó:

—¿Y si no hubieras creído en mi muerte, te habrías casado con otro?

La mujer le miró con infinita pena.

—¿Puedes creer semejante cosa?

Y, como desfallecida, se abandonó en sus brazos. Un momento. El tiempo de darse un beso. Y volvieron a separarse.

—Esto ha sido un sueño—murmuró—. Pertenezco a otro hombre... Es necesario que nos separemos.

Torturado por aquel cariño imposible, Santiago cruzó sus brazos desesperadamente y dijo:

—Adiós.

Se separaron. Juntas quedaban sus almas.

Ruth regresó a su casa, donde su marido, que ya sabía que ella había ido a ver al hombre a quien tanto amaba, la aguardaba sin ocultar su irritación.



—*Esto ha sido un sueño. Pertenezco a otro hombre... Es necesario que nos separemos...*

—Te prohibí que fueras a la cabaña. ¿Por qué me desobedeciste?

—Para conocer la verdad. Ahora ya la sé. Aho-

ra ya sé que mentiste al decirme que él había muerto.

El escritor sintió la mordedura de los celos y el castigo de su propia vergüenza. Fuera de sí sujetó a su esposa por los brazos con rudeza.

—Tú eres mía. ¡No lo olvides!... ¿No te avergüenzas de haber ido de noche a casa del hombre que un día amaste? ¡Eso no es digno de una mujer honrada!

—¡Oh, José, por favor!

Venancio oyó los gritos de la violenta disputa.

El fiel ayudante del jefe de los leñadores andaba vigilando al "Gorila" y a sus dos compinches, quienes a pesar de la prohibición de "Tornado", habían vuelto al pueblo.

En el cafetín situado bajo el piso que ocupaban Travers y su mujer, "Gorila" bravuconeaba de lo lindo, buscando en el alcohol el valor que le faltaba, asustando con sus voces a los viejos y profiriendo amenazas contra el contratista.

Venancio se dió prisa para comunicar a su patrón su descubrimiento.

—Aquellos individuos han vuelto — le dijo, entrando precipitadamente en la cabaña.

"Tornado", que se hallaba aún bajo la impresión de su entrevista con Ruth, miró al vejete sin comprenderle.

—Sí, el "Gorila" y los otros dos, que están ahí en el café armando el gran escándalo.

Con gran asombro de Venancio, su jefe se enco-

gió de hombros. Entonces, cambiando de tono de voz, continuó:

—También he venido a decirle que voy a casarme muy pronto con la madre de Jaime.

“Tornado” contempló con una cordialidad burlescamente cariñosa al trabajador.

—Enhorabuena—dijo—. Y en verdad te deseo que seas muy feliz.

—Espero serlo. En mi familia no habrá nunca riñas, como la que tienen ahora ese matrimonio forastero.

—¿Qué dices?—preguntó bruscamente el contratista, mirando a Venancio con ojos de loco.

—Sí... el escritor y su mujer. A juzgar por las voces que dan, parece que él la está pegando.

“Tornado” cogió por las solapas al aterrado viejo y lo zarandeó:

—¿Es eso cierto?

Y, sin esperar la respuesta, corrió hacia la casa de Travers, pasó por la taberna sin ver al “Gorila” y entró en el piso del novelista como una tromba, en el momento en que Ruth caía al suelo empujada por su marido y ocultaba el rostro en sus manos.

Como herido por un rayo, el escritor se derribó sobre una silla, pálido de espanto.

Los puños crispados, relampagueándole los ojos, “Tornado” gritó, dirigiéndose a Ruth:

—Hasta ahora creí que eras feliz... que él te amaba... que se portaba como un hombre honra-

do... Pero veo—añadió volviéndose a Travers—que siempre serás un cobarde... Escucha; ella vino a verme porque todavía me ama. Yo la amé siempre, y tú me la robaste con el arma de los cobardes, ¡con una mentira! Me la robaste, pero ahora quiero que ella sepa la verdad de todo lo que tú parece haber olvidado...

III

Caída sobre las rodillas, el cuerpo sollozante inclinado sobre la mesa, Ruth alzó la cabeza para oír el relato de Santiago.

Abajo, en la taberna, el “Gorila” fantocheaba entre los vecinos de Paraíso, desafiando a Dios y al diablo.

“Tornado” había pasado cerca de él sin detenerse. “Tornado” era, pues, un cobarde.

—¿Quién se atreve conmigo?

Y el “Gorila” volviéndose en redondo, bufaba infundiendo espanto en el ánimo sencillo de sus oyentes.

Pero la escena de la taberna tenía, a pesar de los desplantes del granuja, sabor de sainete. El verdadero drama se desarrollaba arriba.

Sofocado por el miedo, impotente para impedir que su antiguo amigo descubriera su traición, Travers continuaba derribado en la silla.

Con voz clara y segura comenzó a hablar Santiago:

—Estábamos los dos en el frente de Francia, hace ocho años. Servíamos en la misma compañía, y habíamos sido destinados a ocupar una trinche-



—...Yo la amé siempre, y tú me la robaste con el arma de los cobardes, ¡con una mentira!...

ra, desde donde debía iniciarse un ataque contra las líneas alemanas.

Las palabras evocaron los días rojos de sangre y de dolor de la gran guerra.

—Un anochecer, antes de empezar el ataque, creí presentir que iba a perder la vida, y rogué al que

creía mi amigo: "José, hasta hoy hemos sido como hermanos. Tengo el presentimiento de que esta noche va a ser fatal para mí. Si no vuelvo, entrégale esto a Ruth... tú la conoces. Le dirás que no la olvidé ni un instante.

Y puse en sus manos la cruz militar que había ganado con mi valor. Poco después, nos lanzábamos al ataque y yo caía herido. Viéndome abandonado llamé a mi compañero: "José, ayúdame para que pueda llegar hasta las trincheras". Pero me abandonó en medio de aquel infierno y caí prisionero. El volvió y con la mentira de mi muerte te hizo suya".

Calló el hombre, como si ya no pudiera contener la angustia que le llenaba el pecho.

Hubo un silencio largo. Apagados, desoladores, oíanse los sollozos de Ruth.

"Tornado" avanzó un paso hacia Travers.

—Ella es tu mujer—le dijo—. ¡No lo olvides!... ¡Por eso te salvas y no te mato de un pisotón como a un sapo!... Vete con ella cuanto antes, en el primer tren... y procura ser un hombre.

Y, alzando el brazo nervudo y amenazador, concluyó:

—¡Si alguna vez intentas salpicarla con la baba de tu vileza, acuérdate de que para mí, esa mujer es tan sagrada como mi madre!

Envolvió en una mirada latente de ternura a Ruth, fijó sus ojos iracundos en Travers y con un esfuerzo difícil arrancóse de allí, separándose de la

mujer que amaba y dejando sin castigar al hombre que merecía todo su odio.

José levantóse de la silla y ocultóse en su cuarto, huyendo del silencio acusador de su esposa.

Al encontrarse en la taberna, "Tornado" se de-



...No dijo nada. Acercóse al Gorila, lo sujetó por el cuello, alzó el brazo,...

tuvo un instante viendo al "Gorila". La rabia y el dolor que hervían en él hallaban al fin sobre quien poder descargarse.

No dijo nada. Acercóse al "Gorila", lo sujetó por el cuello, alzó el brazo y descargó sobre su rostro

un puñetazo que sonó como un disparo, haciendo rodar al bravucón por tierra.

Esto fué todo.

.....

Pero como si estuviese escrito que aquella noche debiera ser decisiva en la vida de aquellos seres, por las cimas de los montes asomaban nubes de tormenta.

Eran las cuatro de la mañana. Travers y su mujer, en traje de viaje, disponíanse a partir de Paraíso.

El tren de mercancías en que tenían que recorrer la distancia que los separaba de la primera estación, iba a arrancar de un momento a otro.

—¿Cuánto tardaremos en llegar al empalme?— preguntó el escritor a un empleado.

—Si no hay retraso, pasaremos el puente dentro de una hora, y el empalme está un kilómetro más allá.

El matrimonio subió al tren, y el silbido de la máquina, al ponerse en marcha, se perdió en el bosque.

Por las montañas próximas, coronadas de nubes plomizas, asomaban los primeros fulgores de la

tormenta. Aullaba el viento, y el zig-zag del rayo trazaba su silueta de fuego sobre el fondo sombrío del cielo.

Empezó a llover, una lluvia en chaparrón que las rachas de viento desflecaban, empujándola de un lado a otro.

Sonó un trueno, que pareció rodar por las cavidades de los montes.

"Tornado" no se había acostado. No hubiera podido dormir. La tormenta sacudía la cabaña, haciéndola temblar hasta sus cimientos.

El viento ululó en el bosque. Oyóse un estrépito de cristales rotos, y por la ventana arrancada de cuajo entró la lluvia.

El jefe de los leñadores acordóse de la madera atracada a lo largo de la orilla del río. El villorio se hallaba expuesto a ser invadido por las aguas si no se lograba romper la cadena que unía los troncos, dejando a éstos que fuesen arrastrados por la corriente.

Despertados por el vendaval, los vecinos de Paraíso comenzaban a sentir el espanto del peligro que los amenazaba.

"Tornado" pensó en todo esto y, sin vacilar, salió de la cabaña, dirigiéndose al río.

Allí encontró a algunos leñadores que luchaban ya por soltar los troncos.

"Tornado" se unió a ellos.

—Avisad a todos inmediatamente—gritó—. ¡Si no podemos desatar los troncos, el pueblo se inundará!

Comenzó entonces una tarea de titanes, de hombres luchando contra las furias desencadenadas de la Naturaleza.

El río crecía por momentos, y sus aguas iban ganando terreno, llegando al pueblo y amenazando las casas, de donde salían huyendo familias enteras en busca de más seguro refugio.

Como un dique inmenso, los troncos amarrados se oponían al curso de las aguas. Era necesario romper la cadena que los sujetaba si quería evitarse una catástrofe.

Huían las gentes enloquecidas por el miedo. La fuerza del huracán deshacía en segundos las obras que el hombre construyera en meses.

"Tornado", solo entre todos, manejando la horquilla, gigantesco y magnífico pensaba que el hombre debe salvar al hombre. Y combatido por la tormenta, sin abatirse nunca, ponía todas sus fuerzas en romper aquella cadena de la que dependía la salvación del pueblo.

La más cruel angustia atenazaba a los pobres vecinos, que veían subir siempre, subir cada vez más las aguas desbordadas.

El huracán hundía las techumbres, arrancaba los árboles y los lanzaba como catapultas contra todos los obstáculos.

Súbita, oyóse la voz de "Tornado":

—¡Saltad todos a tierra! ¡Los troncos están ya sueltos!

Corrieron los leñadores hacia la orilla. "Torna-

do" no pensó en seguirlos. El marcharía río abajo con los troncos, seguro de vencer en aquella lucha.

Roto el dique que se oponía al curso del río, éste comenzó a decrecer.

Y un grito de triunfo salió de todas las gargantas:

—¡Ya baja el nivel del agua!... ¡Estamos salvados!

Pero si el héroe con su valor había salvado al pueblo, el río lanzaba sobre el puente de ferrocarril los troncos que arrastraba en su corriente.

Rápidos como las aguas, se aglomeraban golpeando los pilares del puente, a cada instante sacudido por la terrible agresión de la madera.

Un penacho de humo anunció que el tren iba a pasar. "Tornado" lo vio venir. ¿Qué sucedería?

Avanzaba el tren a toda marcha. Llegó al medio del puente. Oyóse un siniestro crujido, y los arcos de aquella obra de ingeniería se cuartearon como si fueran de papel, precipitando en las aguas los últimos coches del mercancías.

Entonces, en medio del fragor del huracán, los lamentos de una voz querida hirieron los oídos de "Tornado", que corrió sobre la balsa de los troncos detenidos hasta llegar a uno de los coches, por una de cuyas ventanillas, trágica y desmelenada, asomábase Ruth.

Fué para él cosa de un instante cogerla en sus brazos y ponerla en salvo.

Un nuevo grito le detuvo. Era de Travers. "Tor-

nado" olvidó su odio. No pensó que el escritor le había robado su amor y toda posibilidad de dicha en la vida. Sólo vio a un hombre que pedía socorro y, depositando a la mujer en la balsa, corrió a él.



—*Ruth, amada mía; despertemos a una existencia nueva, ya que la vida vuelve a unirnos...*

Cuando llegó a su lado las aguas formaron un inmenso remolino, y antes de que pudiera impedirlo, Travers desapareció en la corriente.

Poco después, el héroe llegaba con su dulce carga a la orilla, y vencido por el esfuerzo y las emociones, caía en tierra.

¿Cuánto duró su desvanecimiento?

La tormenta había cesado. Claridades de aurora teñían de rosa el firmamento. El bosque recobraba su admirable serenidad.

Y ella y él abrieron casi al mismo tiempo los ojos.

Ruth se incorporó y miró a lo lejos. "Tornado" la sostenía en sus brazos, haciéndole sentir la caricia de sus manos, la proximidad de su cuerpo, y ella oyó su voz temblorosa, que le decía:

—Ruth, amada mía; despertemos a una existencia nueva, ya que la vida vuelve a unirnos. ¡Yo te quiero! ¡Yo te quise siempre!...

Y en un abrazo, los dos amantes sellaron su amor, y sus labios se buscaron sedientos de besos.

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa.

PRÓXIMO NUMERO:

La interesante comedia dramática

¡YO LO MATÉ!

Creación del formidable actor japonés

SESSUE HAYAKAWA,

y de la genial y bella actriz

HUGUETTE DUFLOS

Gran éxito

Postal-fotografía-regalo: GABRIEL SIGNORET

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Sale todos los miércoles. — Precio: 25 cts.

RECOMENDAMOS A USTED

no deje de comprar el 16.º libro de la
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA

Maciste Emperador

Portada a bicolor.—64 páginas.—Profusión de
fotografías. — Precio popular: 50 cts.

SUMARIO del primer número de
AYER Y HOY

Interviú con SAMITIER, por María Luz Morales.

El peligro revelador (novela corta), por L. Watson.

La tabla de salvación (diálogo teatral), por La Bouquetière.

Por los caminos del mundo: La influencia de la barba en los destinos humanos.—Curiosas leyes de los yanquis.—Una mujer de palabra, etc.

Cartas de amor, por H. de Balzac.

CONCURSO DE CARTAS DE AMOR: Un premio de diez libras esterlinas para la carta mejor escrita.

Sección gráfica: Ocho páginas.—**UNA MAÑANA EN LA RAMBLA DE LAS FLORES**.

De la vida frívola: **EL INVENTOR DE LA MELENITA**.

Novela cinematográfica.—*Visitando cines*.—*Modas*.—*Teatros*.—*Libros*.

DEPORTES: El capitán del «Tarrasa» hace manifestaciones llenas de interés a los lectores de **AYER Y HOY**.

Corazones de hielo (novela de aventuras), por James Oliver Curwood.—Página infantil.—Cuentos.—Caricaturas.—Amenidades, etc., etc.

Tal es el sumario del primer número de
AYER Y HOY,

revista popular ilustrada que se pondrá a la venta el próximo día 6 de Octubre.

¡76 páginas!

¡40 céntimos!